

Marta Aponte Alsina

El invernadero del doctor Pietri¹

En Virginia, Estados Unidos, hay un pueblo que no admite los estragos del tiempo. Se llama Vienna y su inmutabilidad refleja el final feliz de un gasto alegre. Cuando los humanos se iban despidiendo de las estaciones naturales, los poderosos de Vienna compraron un domo revestido de un-millón-de-suspiros-infantileskp50, tan liviano en su transparencia y capacidad de filtrar los rayos solares sin distorsionarlos que en sus dominios la ilusión de vida es perfectamente engañosa. Un mal día, al aviso de un alza devastadora en la temperatura global, el domo se desplegó como un segundo cielo protector sobre Vienna. Se salvaron los vieneses, sobrevivió la ciudad que hasta el día de hoy conserva la atmósfera de un pueblo de ancianos millonarios, tal y como eran dichos asentamientos en la segunda década del siglo veintiuno. El más sorprendido de la eficacia del domo hubiera sido el contratista que lo fabricó, pero no pudo sorprenderse; vivía en Berlín, no sobrevivió al cataclismo. Pienso que murió con la certeza de haber vendido una carísima obra de arte, no un escudo de propiedades militares. Que los vieneses fueran ricos viejos explica la decisión de pagar sin pensarlo el precio caprichoso del artefacto. Tampoco dieron importancia al rumor que atribuía la determinación de adquirirlo al más anciano de los concejales de Vienna, tataranieto y heredero del arquitecto Buckminster Fuller, el arquitecto canadiense que diseñó la versión primitiva de la media naranja, una casita concebida para los pobres del mundo. Me enteré de la conexión Fuller cuando realizaba la investigación previa a este New Yorker Profile. El pueblo de los millonarios existe gracias a la codicia de un tataranieto y dueño del copyright del arquitecto futurista de ciudades utópicas, Buckminster Fuller.

En el reino de la naturaleza el otoño sangraba sus hojas enmohecidas con tantos tonos de oro, rojos, sepías, castaños, anaranjados, ocre, caobas caca de nene y escarlatas translúcidos que el vocabulario no daba para distinguirlos. La primavera no se quedaba atrás: era la estación de los cerezos, de las alergias benignas. El invierno pertenecía a los filósofos, el verano a los adoradores del cuerpo. Vienna en invierno sigue siendo una caja de hielo. Los veranos queman con sus ardores. El domo no se diseñó para llevarle la contraria a la naturaleza extinta sino para consolar de la muerte de la naturaleza a los habitantes de la ciudad. La capa protectora imita el estado de un tiempo que dejó de ser. Las inclemencias invernales son un tesoro patrimonial.

¿Por qué escogió Vienna, como residencia para pasar el post centenario de sus días, el Dr. Sergio Pietri, un hijo de los trópicos? Buena pregunta. Cuando el pasado vive, no habla. Ignacio Valdés, autor y ex profesor del Graduate Center de Nueva York, dice que era parte de la tradición latinoamericana el exilio voluntario de los hombres que fueron poderosos sin necesidad de golpes de estado o dictaduras. El Dr. Pietri quizás objetaría al calificativo latinoamericano, y atribuiría la selección de Vienna a un capricho de su mujer, a la proximidad de los nietos, a unos móviles que ya no recuerda. Su biografía oficial –debida a la valentía del reportero que la encontró en el cementerio sideral de archivos satelitales– dice que Sergio Pietri nació en el territorio no incorporado (unincorporated territory) de Puerto Rico U.S.A., la más pequeña de las Antillas Mayores. No se informa su fecha de nacimiento, pero las fuentes indican que pasa de los cien años, sin llegar a los doscientos.

¹ Primer capítulo de la novela *El plan Tennessee*.

El viaje por teletransportador me dejó, exhausta y precisamente, frente a la residencia de la familia Pietri Suárez, en la milagrosa ciudad de Vienna. La casa tiene dos plantas, siete gabletes y un pórtico de hacienda algodonera del Sur. Es un injerto de algunos rasgos de cottage de Nueva Inglaterra en la mansión pre-bellum de Scarlett O'Hara, a quienes pocos recordarán. Turba pensar que esa casa, de apariencia simpática por lo fea, esconde los móviles del Plan Tennessee, la cadena de golpes terroristas que han conmovido a una nación acostumbrada a prevalecer entre cataclismos. Pero el lujo mayor no va por las escenografías. No, el lujo mayor es un árbol: un cornejo tan jorobado y retorcido y enfermo que parece natural; un cornejo, el árbol emblemático del estado de Virginia. En el jardín de entrada a la residencia de los Pietri Suárez hay un cornejo. En ese cornejo hay un pájaro. Cornejos con pájaro ni siquiera se encuentran ya en los diecinueve jardines botánicos con zoológicos adosados que sobreviven por decreto de los políticos que nos gobiernan desde la luna.

Deslumbrada por aquel tricentenario árbol de lujo toqué a la puerta de la residencia de Sergio Pietri. Yo –me amparo en mi edad para subrayar el pronombre– esperaba un mayordomo de un clásico de Tim Burton, pero no se me dio ese gusto. Abrió la puerta una señora con aire de reina consorte pasada por una fantasía de Martha Stewart: sábanas en colores pastel; colchas, cortinas y toallas combinadas; jabones, flores secas. Me abrió la puerta, repito, una mujer de cutis blanco verdoso, ojos verde esmeralda, zapatos de terciopelo negro con hebilla, cabellera corta, blanca, con cada pelo en su sitio. El pelo parece un dulce de merengue endurecido, su piel un dulce de arrugas endurecidas.

–Bienvenida, soy la esposa del doctor, Vilma Suárez de Pietri, para servirte–dijo.

El doctor dormía la siesta. La consorte no quería interrumpir su sueño.

–Mejor hablamos un ratito, cuando él despierte se encenderá una lucecita roja y le anunciaré tu visita.

Señaló un círculo apagado en la esfera de su reloj pulsera, que parecía condensar el frío macabro de los viejos vivos. Comprobé la insobornable unidad decorativa: estilo urban colonial, aclaró la consorte. De la salita de espera pasamos a una mayor, de paredes blancas y sofá y butacas carnívoras. La consorte se sentó en la punta de la más chiquita y a mí me invitó a sentarme en una butaca orejera.

–Es cómoda, perfecta para ti, –dijo burlándose de mis doscientas libras con un retintín de ironía. No, ella no está fabricada para la ironía, pensé. Y la butaca sí era buena para acurrucarse, para mirar con pena el muñón del dedo que perdí durante el viaje en el teletransportador, para pensar que Vilma se parece a mi madre.

La consorte describe sus posesiones. Explica que ikat es un método de tejer y que significa cord, thread. Una alfombra persa azul, con motivos de plumas de pavo real, luce tan cuidada como artificialmente envejecida bajo el influjo de una flamante decadencia. De cara a la chimenea, como dos enormes fieras anestesiadas, vi dos butacas tapizadas con un patrón alucinante y más almohadones ikat indonesios, aseguró mi anfitriona, añadiendo que le dan a la habitación un ambiente relaxed. Sobre la chimenea blanca hay un espejo rectangular dividido en tres segmentos por molduras de caoba-bruñida-decoradas-con-arabescos-dorados-J135. En la mesa del centro reposa la reliquia más ostentosa del salón: un libro falso, con sobrecubierta verosímil y entrañas de espumajina-brasileña259. Se titula *Cien islas que nunca visitaré*. Devora la vista entre decenas de retratos de familia: hijos, nietos, perros, sonrisas que meten miedo.

Esta sala comunica con el invernadero, el lugar predilecto de mi marido, dijo Vilma, al cual pasamos cuando pude levantarme, no sin dificultades, de la butaca. En

efecto, la puerta de la cuarta pared se abre a un pequeño vestíbulo ambientado con alegre primitivismo. Desde ese espacio augural se presiente el conservatorio. Se ven el techo y las paredes de cristal, se aprecia la temperatura alta, domina una humedad inusitada que invita a llorar. A pesar del verde subido de las plantas que crecen y se mecen y llenan de aromas embriagadores el entorno, ni siquiera ahí cede su dominio el estilo Stewart. Nos sentamos en sendas sillas de fibra-resinosa-inmortal q100 pintadas de rojo granate. Al pie de las sillas hay otomanes tapizados con una tela color turquesa de diseños de aves del paraíso. Un guacamayo de cuerda –autómata del siglo 19– sobrevolaba el aire enmohecido. Con alboroto y pérdida de plumas metálicas se posó en el hombro de la consorte. A ambos lados de la puerta alta de la entrada al invernadero vi enormes tiestos con motivos blanquiazules de cerámica holandesa y en cada uno de ellos un helecho arborescente rotulado como tal.

– A springtime misty morning –dijo la consorte. Yo grababa su imagen en la microcomputadora de mi fosa nasal izquierda y anotaba mis impresiones mentales al margen del archivo: “Pietri es impensable sin su feroz guardiana”.

En la sala era otoño, en el invernadero primavera, en algún oscuro lugar de la casa, era invierno, inclemente, espantoso. Hablando sin despeinarse, la consorte me explicó que el invernadero del doctor Pietri es una imitación, a escala modesta –we are not that rich, dijo–del Haupt Conservatory, la estructura emblemática del desaparecido jardín botánico del Bronx.

–Sergio te explicará. Es el inteligente de la familia.

Eso dijo. Y añadió.

–Escribe bien sobre él o te mato, ¿me entiendes?